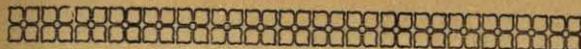


su vida de sufrimientos é impurezas, casi por completo olvidadas desde su entrada en el dulce y fresco Edén de un amor puro! Siempre se hacía la misma pregunta:—¿Qué quiere esa mujer? ¿Evidentemente ella ha tenido noticia de mi próximo matrimonio y de mi estancia aquí? ¿Es una venganza?—La demencia de su horror por su antigua querida era tal, que iba más lejos.—¿Es qué quiere explotarme? ¿Habrá descendido hasta el punto de abrigar estas intenciones? ¿Vendrá á Palermo con la idea de hacer un negocio por medio de la niña? Y no se hacía el sencillo razonamiento de que habiendo Paulina permanecido en silencio algunos años, no tenía ningún motivo para comenzar á atormentarle ahora. No veía más que su presencia, y continuó preso de la locura hasta que habiendo tomado un retrato de Enriqueta, acabó por decirse después de haberle contemplado:

—¡Ah! ¡Yo la amo! ¡Yo la amo! ¡Ella me ama!.. ¡Y nada podrá ya separarnos de este mundo!

Y besó aquel retrato de su ángel bueno como para exorcizar al genio del mal. Un beso largo, tierno, religioso.



III

AGITACIONES CRECIENTES

El sér moral tiene en nosotros, como el sér físico, su instinto de conservación, con la misma inconsciencia y parecido frenesí. El ademán repentino con el que el hombre medio ahogado se agarra al nadador que le puede salvar, ese ademán por el que pasa toda la energía de la existencia, no es más violento ni más irracional que el movimiento del corazón que nos lleva en determinados momentos hacia una persona cuya presencia nos es tan necesaria, como el apoyo al desdichado que se hunde, para salir del abismo á un ambiente de aire respirable.

La súbita invasión de tantas imágenes dolorosas, en plena luz de felicidad, había sido para Francisco la caída repentina á un abismo lleno de agua que por todas partes nos rodea, que nos envuelve á derecha é izquierda, que se extiende á nuestros pies, que pesa sobre nuestra frente.

Ciertos recuerdos causan esta impresión aun cuando las emociones que ellos representan no ejercen sobre nosotros más que una influencia refleja y retrospectiva. Abandonarse á ellos es hundirse en la

vida, perder pie, casi morir en la sana lucidez de la impresión actual; en suma, enloquecer casi por algunos instantes. El impulso que hizo salir al joven de su cuarto, en la noche de aquel día cruel, para dirigirse al salón en el que estaba seguro de ver á Enriqueta, fué este deseo de encontrar calma para su agitado espíritu. Porque, ¿qué aberración acababa de hacer revivir una parte sombría y maldita de su existencia cuando tenía junto á él para purificarse una atmósfera sana?

El se arrancarí­a del funesto abismo al que acababa de rodar, sólo con volver á ver los ojos de su prometida, oyendo su voz, viendo sus ademanes, encontrándola amorosa y sonriente. ¿Qué era aquel pasado que de nuevo se había aparecido ante sus ojos por algunas horas? La sombra de una sombra. El fantasma de un fantasma. Una mujer ha muerto para nosotros cuando no conmueve ya nuestro corazón, ni llama al deseo, ni excita nuestros celos; y no estaba Francisco seguro de que Paulina no ejercía sobre él este doble poder por el que había estado esclavizado, primero por los hechos, después por los recuerdos? ¿Si al lado del nombre de la señora Raffraye hubiese él visto en la lista del hotel otro nombre, el de Armando de Querne ó el de Francisco Vernantes por ejemplo, hubiese sufrido? Evidentemente no. Entonces, ¿de qué extraña alucinación había sido víctima? Sólo se explicaba por la sorpresa inesperada, cayendo sobre sus nervios ya excitados.

Temía la venganza de su antigua querida. ¿Pero qué venganza? ¿Qué podía hacer aquella desdichada? ¿Revelar á Enriqueta lo pasado? ¿Mostrar sus cartas,

en el supuesto de que las hubiera guardado? ¡Sea! ¿Y qué? ¿Qué sabría por eso su prometida? Que él había amado sincera y lealmente hasta en la falta á una criatura traicionera y astuta. Aquella honrada y generosa joven encontraría en ello motivo para sufrir, para sufrir mucho, sin duda, pero no para despreciarle.

Este era, sin embargo, el punto peor al que podría llegar la perfidia de Paulina. ¿Se serviría de la niña? ¿Y qué haría con esto? ¿Podría ella probarle que la pequeña no era hija de Vernantes ó de Raffraye? Sería una duda odiosa para él, pero que no le turbaría en lo que sabía, en lo que había visto. La pequeña y sombría silueta de la mujer, envuelta en un velo descendiendo de su coche á la puerta de un criminal cuarto bajo, no era más que algo desvanecido en la memoria de un hombre, sobre todo desde que no amaba.

Raciocinando, ó por mejor decir, esforzándose á raciocinar de este modo, sentía un deseo casi físico de olvidar, é impulsado por él entró en la sala de la señora Scilly. La obsesión de terror transformóse en una fiebre de ternura que exaltaba sus fuerzas amorosas. Sintió una extraordinaria dulzura cuando Vicente, el viejo criado de la Condesa, antiguo soldado que quedó al servicio de la viuda, le preguntó por su salud, antes de abrirle la puerta de dicha sala, de forma extraña y distribuída en dos partes. El arquitecto del Continental había adornado el ángulo de aquella construcción moderna conforme al gusto romántico. El salón comenzaba casi en pasillo para espaciarse después en una amplia rotonda. Las tres

ventanas de ésta permitían en los días hermosos mirar tres de los más vastos horizontes de Palermo.

A la derecha la mar azul, agitada al paso de las barcas de velas y de los paquebots. Enfrente el palacio del malecón y más allá los dos puertos con su selva de mástiles y las salvajes y rojas alturas del monte Pellegrino. A la izquierda, los tejados de las casas, las cúpulas de las iglesias y los campanarios se extendían hasta el horizonte cerrado por el círculo de montañas que ha dado á la única planicie de limoneros y naranjos el sobrenombre de «Concha de Oro». Era la hora del crepúsculo; las ventanas estaban cerradas, y en aquel retiro, apartado del corredor por una mampara, se respiraba una atmósfera de deliciosa intimidad. La habitación estaba alumbrada por tres lámparas; la más grande, suspendida en medio, y dos más pequeñas; la una sobre la chimenea, la otra sobre una mesa movable cerca del fuego medio apagado. Telas antiguas aquí y allá sobre los muebles; retratos, libros más lejos, algunos pequeños bibelots y flores por todas partes, rosas, claveles, mimosas; en un rincón una palmera; en otro, grandes ramos de eucaliptos; en suma, que la madre y la hija habían sabido dar su sello personal á aquella habitación provisional, felizmente elegida en aquel vasto hotel cosmopolita.

Se olvidaba que se estuviera en un hotel, en una de esas jaulas de un edificio destinado á la explotación de los viajeros. En aquel asilo tranquilo las dos mujeres no oían ninguno de esos ruidos que hacen penosa la promiscuidad de semejantes permanencias. Cuando Nayrac entró, se hallaban sentadas junto á la

chimenea; la señora Scilly, entregada á la lectura. Enriqueta, bordando sobre un bastidor, con esa actividad silenciosa y en apariencia abstraída que ayuda á las mujeres á encubrir las más devorantes ansiedades interiores. La espesa cortina de terciopelo había impedido á entrambas oír el ruido de la puerta, un tanto alejada.

El joven permaneció inmóvil dos ó tres minutos, contemplando aquel sencillo cuadro que tanto contrastaba con las visiones impuras cuyo recuerdo acababa de herir su imaginación. Si la felicidad no ha encontrado pintores entre la multitud de poetas que nos describen la monótona novela del alma humana, es porque se limita á la cándida inocencia de las costumbres sencillas. ¡Necesita tan pocos elementos para el decorado de su idilio! Desde que Francisco era el novio de Enriqueta, la íntima impresión del espiritual placer que sintió la primera noche que entró á la velada de la señora Scilly, no se había aminorado. El que tanto tiempo había errado por el mundo; que había conocido con tanta frecuencia la melancolía del crepúsculo de la tarde, á bordo de los barcos y en las soledades del hotel, sentía intensa fiebre en su corazón, en el círculo de la luz que las lámparas proyectaban sobre las dos mujeres.

Emocionado por antiguos y amargos recuerdos hubiera querido permanecer horas enteras en el dintel de aquella puerta, horas en las que su alma hubiera adquirido la certeza de que su turbulenta juventud se hallaba muy lejos, de que participaba de aquella vida arreglada, pura, sencilla; horas en las que leería en la cara de su novia el ferviente amor de que era objeto.

¿Por qué aquella sombra sobre la frente cándida de la joven, aquella nube en sus ojos azules, y aquel mohín en sus labios, sino porque Enriqueta sabía que sufría? Alzóse aquella frente; miráronle aquellos ojos, y de la boca salió un grito. El rostro de la joven se puso pálido, atestiguando esta palidez, en su sensitiva, como él le llamaba algunas veces en son de broma, aquella impresionabilidad vivísima que retrataba á la menor sacudida. Enriqueta se puso en pie y marchó hacia él.

—¡Ah!... ¿Es usted?—le dijo,—no le he oído á usted entrar. ¿Hace mucho que está usted aquí?

—Bastante—respondió oprimiéndole la mano:—perdón por haberla asustado á usted. Debería saber que estas pequeñas sorpresas le hacen á usted daño.

—Un mal muy dulce en esta ocasión—dijo ella riendo.—Suponiendo que se encuentre usted mejor. Y añadió:—Dígame usted pronto ¿cómo se encuentra usted ahora? He tenido miedo de que hubiera usted cogido una de esas malditas fiebres que siempre nos amenazan. Le esperábamos á usted para tomar el té... No nos hemos atrevido á pedir noticias suyas... Vicente fué á escuchar á su puerta, y no sintiendo ruido alguno supuso que estaba usted descansando... Ahora tiene usted mucho calor en las manos.

—Acaso sea un poco de cansancio, causado sin duda por este sol. . Pero ya se ha pasado.—E insistió.—No merece la pena hablar de ello. Permita usted que me siente á su lado, y cuéuteme en qué han empleado ustedes la tarde y por dónde han paseado.

—Por ninguna parte—interrumpió la Condesa.—Enriqueta no ha querido salir. Ha vuelto á no ser

razonable, inquietándose como si estuviese usted verdaderamente enfermo.

—Me calumnias, mamá—dijo la joven, que había recobrado sus frescos colores.—No. Es que tenía cartas atrasadas á las que contestar y he estado ocupada en eso toda la tarde... ¿Quiere usted verlas?...

En seguida y sin esperar la respuesta de Francisco, cogió de una mesita que había en un ángulo junto á una de las ventanas, varios sobres que le entregó abiertos. Desde los primeros días de sus relaciones ella le había pedido como un favor, como una prueba de cariño, que le permitiese leerle las más insignificantes cartas que escribía. ¡Adorable instinto de niña enamorada que se manifestaba sin ninguna reserva, con la prodigalidad espontánea de un alma pura que puede mostrar todos sus pensamientos y que se deleita comunicándoseles al que ama!

Presentó á Francisco aquellas páginas escribiendo las cuales había soportado sus horas de ausencia, y lo hizo con sumisión tan cariñosa y penetrante, que las manos del joven temblaban abriendo aquellas cartas. Sabía sin haberlo aprendido, el arte de adelantarse á las exigencias á veces injustas y tiránicas de un hombre; ese arte que exige que se anticipe todo, para evitar un sufrimiento con la tardanza; ese arte de decir siempre la palabra esperada; precisamente aquéllano otra; ese arte de hacerse amar amando, único beneficio para un alma ya cansada, tan fácil al sufrimiento y tan rebelde á la caricia; el arte de quejarse, sin herir nunca, y que en otro tiempo tanto había desconocido Paulina.

Aquella niña tenía en su amante confianza entera,

leal, ingénuo. Y él en cambio ¡cuántos secretos guardaba en su alma, sobre todo en aquel momento! ¡Con qué inocencia hablaba Enriqueta de su felicidad, en aquellas cartas escritas á sus amigas! ¡Cuánto candor revelaban los recuerdos de su existencia de niña que evocaba! Y él se encontraba allí tan amado, rodeado de tal aureola de cariño, casi de admiración, que no pudo continuar la lectura. Verdaderas é irresistibles lágrimas brotaron de sus ojos.

—Lloro de alegría—murmuró;—de ver lo que usted es para mí, de sentir demasiado. Mi vida entera sería corta para pagarle á usted esta ternura.

—Yo puedo morir—decía la madre algunas horas después á su hija arrodillada al pie de su lecho como tenía por costumbre todas las noches para rezar juntas.—Queda á tu lado alguien que yo sé que es verdaderamente digno de tí.

—De mi cuenta corre el ser digna de él, digna de su corazón—dijo Enriqueta.—¡Es tan cariñoso!... Ya has visto cómo se ha conmovido leyendo mis pobres cartas.

Guardó silencio. Ante la extraña agitación de Francisco tuvo una idea, la única que no podía confesar á su madre. Se había acordado del presentimiento de una desdicha del que había hablado Francisco por la mañana. No había dicho á su novio cuánto creía ella en esto que en el misticismo de su lenguaje infantil llamaba la *doble vista del corazón*. Sin duda este mismo presentimiento había de nuevo agitado al joven leyendo aquellas cartas en las que ella se confesaba tan dichosa. Francisco había adivinado un gran disgusto para la joven, y por eso había

llorado. ¿Y qué podía ser este disgusto sino una agravación en el estado de su querida enferma?

Enriqueta besaba silenciosamente las blancas y descarnadas manos que sacaba la Condesa por cima de la colcha de lana roja con flecos de seda; obra que concluyó la joven durante las semanas que habían pasado solas en Palermo y mientras el aire del mar azotaba la torre del Continental como aquella tarde. ¡Qué estupor y al mismo tiempo qué indignación hubiera sentido la inocente joven si, traspasando con su mirada la pared que le separaba de Francisco, hubiérale visto sentado á su mesa con la frente apoyada en la mano y preparándose á escribir, y ¿á quién? También él oía el viento y pensaba que en aquel instante las quejas del mismo eran escuchadas por Enriqueta... y por otra mujer además. Ahora que había podido reaccionarse de la sacudida producida por la primera noticia de la vecindad de su antigua querida, comenzaba á no traducir ya aquella idea únicamente por los recuerdos de su pasado con aquella mujer.

La realidad actual y precisa se le imponía, y en lugar de ver á la señora Raffraye de hacía nueve años, trataba de figurarse cómo sería ahora; y se preguntaba en qué parte del hotel habitaría, qué haría á aquella hora, qué proyectos abrigaría. Estaba enteramente repuesto de aquel pánico loco que le había desconcertado, y al entrar en su cuarto ya se encontraba capaz de razonar en calma para darse cuenta de su situación por penosa que fuera. Lo primero que pensó con buen sentido fué que Paulina podía haber llegado por casualidad á Palermo y al Continental; tales

encuentros, aunque sean inverosímiles, se efectúan alguna vez. Sólo en tres puntos tenía que reflexionar: primero, Paulina había ido allí con intención de causarle algún mal; segundo, ó no había ido con tal intención, pero al saber que él estaba allí, el demonio del rencor y de la venganza se posesionaron de ella, y último, ella le había olvidado por completo, y la noticia la dejó indiferente.

En cualquiera de las tres hipótesis apuntadas era urgente que supiese él con certeza si Paulina quería la guerra ó la paz. Pararía el golpe si ella pensaba en dársele, torturando á su novia, ó haciendo conocer á ésta las cartas de él; si por el contrario, la vecindad era inofensiva, al convencerse de ello, no pensaría más en el caso. Comprendiendo Francisco la evidente necesidad de una explicación, concibió la idea de dar el paso más extraño de todos: de despejar la situación en que la presencia de la señora Raffraye le colocaba. Se decidió, pues, á escribirla. ¿Qué arriesgaba? Evitar la penosa impresión de su presencia le era imposible; más tarde ó más temprano forzoso era que alguna vez se encontrase frente á frente á Paulina. Provocando, por el contrario, aquel encuentro, sabría no solamente á qué atenerse sino también qué poder creía ella tener aún sobre él. Había aún en la especie de fiebre de aquel paso, otra necesidad, tan secreta y oscura que no se la confesaba: la de convencerse de que la duda que tanto influyó en otro tiempo en su cerebro respecto á la niña, se desvanecería. Tomó, pues, papel y pluma... ¡Cuán difícil era redactar la carta! Hizo infinitos borradores con una incertidumbre que le recordaba

las torturas que años antes había pasado en Marselia, para escribir aquella otra carta después de la cual todo había terminado entre Paulina y él. A la una de la madrugada encontró, por fin, la fórmula deseada, que por su banalidad y sencillez parecióle la más apropiada, y que decía así:

«Señora: Acabo de saber su presencia de usted en Palermo. Si me fuera posible servir á usted en algo durante estos primeros días de su llegada á una población extranjera, sabe usted que la que fué la mejor amiga de mi hermana Julia me tiene á su disposición. Quedaré muy reconocido á usted, si tiene á bien indicarme la hora en que puedo presentarme en su habitación sin pecar de importuno.»

Y la firmó, no sin que su pluma vacilase un momento ante aquella inocente mentira... Su afectísimo... etc. Necesario era que hubiese sufrido mucho por Paulina para conservarla tal rencor después de tantos años. No era el único objeto de aquella carta una explicación inmediata con Paulina; sino que respondía á la necesidad sentida por Francisco de hacer saber á la señora Scilly y á Enriqueta su conocimiento con Paulina. También quería anticiparse en este punto. Había, pues, convenido, en que tan pronto como mandase la carta á la señora Raffraye, hablaría de ella á las dos señoras como de una amiga de su hermana inopinadamente llegada á Palermo.

Á la mañana siguiente, y después de una noche de relativa calma, que sucedió á aquel día de agitaciones contradictorias, encontróse con ánimos para eje-

cutar la primera parte del plan que se había propuesto. A las nueve envió la carta á su destino, pero al medio día aún no había pronunciado la frase que indicase á la señora Scilly la razón de su conocimiento con Paulina. Enriqueta, en la delicadeza de su amor guardaba gran culto por cuantas personas habían favorecido á su novio, y especialmente por la hermana de éste. Indudablemente, algo de este culto se extendería á la íntima amiga de la muerta, y ante esta idea el joven se estremeció. ¿No era una profanación pronunciar ciertos nombres ante ciertas personas? Y retrocedió entonces, diciéndose que, después de la respuesta de Paulina, hablaría. Como envió su carta hacia las nueve creía que antes de la hora de almorzar recibiría la respuesta; pero el almuerzo había terminado y la respuesta no venía. Francisco salió como todas las tardes en coche con las señoras de Scilly, y el paseo se prolongó por el extenso parque real de «La Favorita» hasta la playa de Mondello á más de dos leguas de la ciudad. Eran cerca de las cinco cuando volvieron al Continental... Aún no había respuesta. La campana sonó llamando para la comida... Siempre sin respuesta. Francisco no había podido aún librarse por completo del pánico de la víspera, y aquel silencio empezaba á inquietarle. En las situaciones apuradas todo lo desconocido parece amenazador. ¿Qué significaba aquel silencio? ¿Sería absoluta indiferencia, ó premeditada obstinidad? Y he aquí, que hallándose á la mesa en la comida, en aquella habitación donde las dos señoras vivían en el hotel, una frase de la Condesa hizo palpitár su corazón tan fuertemente como había palpi-

tado el día antes al leer el nombre de la señora Raffraye en la lista de viajeros. Sin sospechar el terrible golpe que con cada una de sus palabras hería al joven, la Condesa dijo:

—Parece que ha llegado al hotel una señora francesa, tan enferma que da pena el verla. La acompaña una niña, y ocupan un cuarto del piso tercero... Precisamente encima de nosotros...

—Pues esas son sin duda—añadió Enriqueta—las que vi ayer en el jardín del hotel... Una mujer muy pálida, con grandes ojos muy tristes; y una niña cuya cara no he visto; pero que tiene un hermoso pelo castaño claro.

—Probablemente—dijo la señora Scilly—son las mismas de quienes Margarita, al vestirme hace poco, me ha hablado. La dóncella y la niñera de esa señora que estaban junto á Margarita en la mesa, dos francesas muy emocionadas con su viaje á Italia, le han contado toda la historia de su ama. Hace muchos años que la señora Raffraye, así se llama, no ha salido del lugar al que se retiró inmediatamente de quedar viuda... La niña nació después de la muerte de su padre... Si, como decía mi marido, es cierto que hay que juzgar á los amos por lo que sus criados dicen, parece que esta señora debe ser una santa; pues esas dos viejas mujeres lloraban al contar que esa señora es la Providencia de aquel país, un rincón perdido en las montañas del Jura. ¡Cuánto agradecimiento hay por la persona que hace el bien, aun en el país más salvaje!... Preciso ha sido el que los médicos le hayan ordenado abandonar aquel punto, para habitar el Mediodía..., cuestión de vida ó muerte, como ha pasado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U...
"ALFONSO RAYES"
CARR. 1625 MONTERREY, MEXICO